

una probabilidad, sino como una consecuencia necesaria de su situación.

La chispa no tardó en comunicar el fuego á los que estaban febriles.

Otra vez más detuvo el golpe la Providencia, que siempre estaba al lado del gran hombre.

Un diálogo que van á oír mis lectores lo demostrará.

Capítulo LXVI.

Sarcasmo de la suerte.

- Nos hemos salvado.
- Si, sí; allí lo veo.
- Avisémoslo á todos. Es preciso evitar el motin.
- Que nadie se aperciba de nuestros proyectos.
- Nos seria funesto, y en vez de conseguir la libertad, sólo conseguiríamos nuestra ruina.
- ¡Parece imposible! ¡Parece imposible que ninguna otra nave se atreva á desafiar las iras de estas aguas, donde tanto hemos sufrido.
- ¡Callad! ¡Callad! Que nos pueden oír y nos perdemos.
- ¡Viva el almirante! ¡Viva el almirante!
- ¿Qué ocurre?—preguntó Colón.
- ¡Viva, viva!

—Sí, sí; miradla, miradla; vedla allí. Viene á protegernos, viene á darnos la vida.

—Dios se ha compadecido de nosotros.

—Se acerca á nuestras naves,—dijo Colon sin revelar el placer inmenso que debia causarle tal visita.

—Y se detiene.

—¿Cómo no se adelanta? Bien podria acercarse más. Quizá ignoren que hay agua bastante para avanzar.

—Ya arrojan el bote.

—Y bajan del bajel unos cuantos.

Todos los españoles que se encontraban con Colon, así los que preparaban el nuevo motin como los que permanecian leales, fijaron su vista en el bote, y la ansiedad que revelaban sus semblantes era una ansiedad febril, pero silenciosa.

—Le conozco, le conozco.

—¿Es Diego de Escobar?

—El mismo.

—Nada bueno puede traernos,—dijo un oficial.

—Ese menguado es hombre traidor, es uno de los más activos cómplices de la rebelion de Roldan, á quien condenaron á muerte y á quien perdonaron de la pena que se le habia impuesto.

Llegó por fin el bote al costado de las naves, y levantándose Escobar, dijo á uno de los marineros:

—Baja á recoger unos encargos.

—¿Qué teneis que mandarme?

—Toma este documento y entrégalo al jefe. Dale también esta caja, y dile que es un presente que le hace el gobernador de la Española.

La caja contenia un barril de vino y un pernil de puerco.

En el instante mismo en que Escobar hizo la entrega, se alejó precipitadamente el bote, y se colocó á la mayor distancia posible para hablar con los de las naves.

La figura de Colon destacaba sobre todas, y no costó trabajo á Escobar el distinguirlo y dirigirse á él en estos términos:

—Tengo el honor, mi almirante, de ser intérprete de los sentimientos de vuestro amigo el gobernador de la Española. No os olvida nunca, y puedo aseguraros que toma una gran parte en vuestro infortunio. Si se encontrase con recursos suficientes, se consideraria muy dichoso enviándoos víveres y armas; pero es muy crítica su actual situacion.

—Además;—añadió,—no puede disponer de un bajel bastante capaz para conducirnos con vuestra gente á aquella isla; pero estad seguro que en el momento que lo tenga lo enviará á estas aguas, y lo pondrá á vuestras órdenes.

Me ha encargado también, muy especialmente, que os diga que los importantes negocios que teneis en la Española serán atendidos con el mayor interés, pues es muy grande el afecto que os profesa y muy alta la consideracion con que os distingue.

Creo que en el documento que se os ha entregado

podeis ver confirmadas las nobles y francas protestas que os acabo de hacer.

Leedlo y medítadlo cuanto os plazca, y si teneis algo que decirle, apresuraos y enviadme la contestacion, pues me es urgente partir sin demora.

A todos cuantos oyeron las palabras de Escobar, les sorprendieron extraordinariamente.

La alegría y el entusiasmo que habia producido la vista del bajel, se disiparon.

Y hasta los conjurados, que comenzaban á sentir el remordimiento de su criminal propósito, estaban casi pesarosos de aquel suceso, que habia trastornado su plan.

A las esperanzas más risueñas, sucedió un desencanto funesto.

Si el almirante hubiera sido un hombre frívolo, impresionable, le bastaria la actitud de Escobar para llenarse de indignacion, y adoptar alguna medida enérgica que de seguro hubiese sido, no sólo inútil, sino grandemente peligrosa. Pero supo hacerse superior á aquella situacion, y contestó afectuosamente al mensajero, diciéndole que se enteraria de la carta y que procuraria contestarla sin pérdida de tiempo.

Se retiró á su camarote, y despues de una breve meditacion, escribió lo siguiente:

«Quedo enterado de cuanto os habeis dignado participarme en vuestra expresiva carta, y os agradezco los sentimientos que me acreditais, y que me obligan al reconocimiento más profundo. Nuestra situacion es terrible, es superior á todo lo que pudiera deciros mi

pluma. Las enfermedades y el hambre nos acosan constantemente, y si la mano de Dios no se hiciese visible en ciertos instantes, nuestra muerte seria cierta.

»No os son desconocidos los favores que dispensé á los hermanos Porras, ni el afecto particular que les profesaba. Pues bien: esos hombres, en quienes debia depositar mi mayor confianza, me vendieron miserablemente poniéndose á la cabeza de una rebelion que me arrebató la parte más sana y vigorosa de mi gente. Sólo quedaron los más desvalidos y algunos pocos leales.

»La precipitacion con que escribo no me permite detenerme en algunos detalles sumamente importantes, que significarian mucho para vuestro criterio; pero ya comprendereis las circunstancias de que me veo rodeado.

»Si dudase de vos, podria considerarme perdido; pero veo firmemente que hareis cuanto os sea dable para enviarme los socorros que me son tan indispensables.

»No puedo dejar la pluma sin recomendaros muy eficazmente á los caballeros Diego Mendez y Bartolomé Fiesco, cuya expedicion á esa isla no ha tenido objeto alguno artificioso, sino el de exponernos clara y verdaderamente la situacion terrible en que nos encontrábamos y demandaros auxilio.

»Muy seguro de que al enteraros de lo que os participo experimentaréis profundo dolor, os doy desde luego las gracias por vuestro generoso interés, y al

retiraros mi amistad, se ofrece á vuestras órdenes y vuestro fiel amigo.

»CRISTÓBAL COLON.»

Con exaltada inquietud recibió esta carta el falso mensajero, y en el instante levó anclas y se hizo á la vela, muy satisfecho del éxito de su embajada. Era de noche, y noche triste y oscura, cuando se apareció de la vista de los españoles aquel bajel, que tanto había halagado su fantasía, y que tantas ilusiones les hizo concebir.

Todos callaban, y no se atrevían á rebelar su desesperacion, porque no sabían cuál era el partido que más les convenía tomar.

La consternacion más triste estaba pintada en los semblantes de aquellos desgraciados.

—¿Qué significa lo que está pasando? dijo uno de los marineros.

—¡Nos abandonan! ¡Nos abandonan!

—¿Por qué los hemos dejado marchar?

—¿Por qué no los hemos detenido?

—¿Por qué no les hemos pedido explicaciones?

—El almirante, el almirante tiene la culpa de todo lo que nos pasa, —dijo uno de los que habían tomado una parte más activa en la rebelion.

—Contra él debemos sublevarnos pronto, —añadió uno de sus compañeros.

—Esperemos, esperemos, —dijo uno de los que habían permanecido neutrales, que había sorprendido la

conversacion. — Esperemos, y quizá el almirante nos dé cuenta.

—Nuestra paciencia está apurada, y ya no puede tolerarse su conducta. ¿Qué fin se propone? ¿A qué aspira? ¿Qué quiere exigir de nosotros? ¿Hasta cuándo piensa tenernos en estas naves?

No desconocía Colon el nublado que le amenazaba, y creyó muy oportuno levantar el caído ánimo de aquellos hombres.

—Ha llegado la hora en que podeis tener confianza, —les dijo. —No quiero ocultaros lo que acaba de pasar.

Si en circunstancias normales pudiera ser un secreto la visita del bajel que acaba de partir, en las anómalas y extraordinarias en que nos encontramos, mi secreto pudiera ser un crimen, porque mataría vuestras más lisonjeras ilusiones, vuestras justas esperanzas.

La correspondencia que acabo de recibir me ha sido muy grata, porque ella me anuncia que pronto saldrán de la Española los bajeles que han de conducirnos á aquella isla.

Por eso mismo he preferido quedarme con vosotros á marchar con la embarcacion que acaba de darse á la vela.

Ya que he sido testigo de vuestros dolores, quiero serlo tambien de vuestras satisfacciones, y será inmensa la mia cuando os vea abandonar estas playas y esteis preparados para regresar á vuestra muy querida patria.

Las palabras de Colon calmaron la inquietud que se apoderaba de todos, quedando desde aquel momento desconcertada la conspiracion.

Las esperanzas más gratas comenzaron á revivir en aquella atribulada gente, y todo su quebranto se convirtió en una gran ventura.

Capítulo LXVII.

Dos escenas distintas.

Era demasiado; era demasiado para un hombre, por grande que fuese, sobreponerse á aquella situacion.

Y sin embargo Colon, que habia nacido para los grandes sentimientos, estaba combatido cruelmente en sus más nobles aspiraciones.

Gran enseñanza entraña su conducta en aquella inesperada y violenta ocasion.

Era preciso ser como él era para no haberse exaltado en ira ó haber caído en un abatimiento profundo.

La vista de un bajel, despues de tanto tiempo que vivian en un retiro absoluto y alimentando el espíritu de esperanzas; la vista de un bajel que les hacia comprender que sus sufrimientos tocaban á su térmi-